

# Aproximación crítica al estudio de etnogénesis: la experiencia de Callaecia

G. Pereira Menaut\*

## ABSTRACT

*Reflection on the process of ethnogenesis from the late Bronze Age to the network of peoples known by the classical sources by the end of the 1st millennium B.C. It is based on two points: 1) the frequent lack of coincidence between people, language and material culture for a particular tribe or historic region. 2) the nature of ethnogenesis as a process, in the course of which characteristic features that identify or distinguish one particular tribe appear and disappear. Its identity is the result of History, with external factors playing a part, a process in which the tribes gain or lose identity.*

*It is difficult to establish a correlation between the historical-archaeological identity of a tribe and specific archaeological material that permits its ethnogenesis or process of formation to be known. Identifying large units as ethnic groups from the archaeological and linguistic points of view, not to mention the ethnic aspect in its strictest sense, is also discussed.*

*Since the tribes of the end of the 1st millennium B.C. are known from classical sources, the concept of ethnos these used and the factors they look into account when distinguishing one tribe from another is discussed.*

*It is proposed that Archaeology is a better a guide in research into ethnogenesis than historic and linguistic phenomena, which are useful for defining historical regions, but whose correlation with a particular tribe should not be regarded as a foregone conclusion.*

## RESUMEN

*Reflexión sobre el proceso de etnogénesis, desde la Edad del Bronce, de las etnias conocidas por las fuentes clásicas a fines del I milenio a. C. apoyada en dos puntos: 1) la no coincidencia entre pueblo, lengua y cultura material para una misma etnia; 2) el carácter procesual de la etnogénesis: los rasgos étnicos se adquieren, pierden o transforman a lo largo del tiempo como resultado de la historia y de los elementos externos.*

*También se discute el problema de identificar etnias desde el punto de vista arqueológico, lingüístico o étnico en sentido estricto —pues se comparten rasgos identificativos y otros afines a otras entidades— y el concepto de etnia de los autores antiguos. Como propuesta, se plantea que la Arqueología asuma el papel de guía en esta investigación mediante el contraste con los fenómenos lingüísticos e históricos, aunque su coincidencia no debe esperarse de antemano.*

Se trata de una reflexión sobre el proceso de etnogénesis que nos lleva del panorama desestructurado o poco estructurado del final de la Edad del Bronce al complejo de etnias, de pueblos diferenciados, que conocemos gracias a las fuentes clásicas al final del I milenio a. C. La reflexión se apoya en dos puntos: 1) la falta de coincidencia, con toda frecuencia, entre pueblo, lengua y cultura material, para una misma etnia o una región histórica determinada, y 2) el carácter procesual de la etnogénesis, a lo largo de la cual aparecen o desaparecen rasgos caracterizadores que o bien identifican más a una etnia o bien la hacen —desde tal perspectiva— menos diferenciada. Se considera así que el proceso de formación de los pueblos o etnias no se ha detenido con la conquista romana; antes bien, sus efectos pueden ser portadores de una mayor identidad —también desde el punto de vista de la arqueología— de una etnia, como sucede en el caso de Callaecia. La identidad de un pueblo o etnia es vista como un resultado de la historia, en la que siempre juegan un papel ciertos elementos externos. Es un proceso de ida-y-vuelta: los pueblos pueden ganar o perder identidad.

La reflexión discurre sobre los problemas derivados de las dificultades para establecer complejos histórico-arqueológicos, es decir, una correspondencia biunívoca entre un pueblo y un registro arqueológico diferenciado, a través del cual se debería conocer el proceso de formación de ese pueblo, su etnogénesis. Se discute también el difícil problema de la identificación o aislamiento de entidades que merezcan o puedan ser llamadas etnias desde la perspectiva que interesa en este Congreso. El ejemplo de los celtíberos, que contienen a los pelendones, y éstos a cuatro populí o comunidades sirve para mostrar la gran dificultad que encontramos a la hora de decidir. Los celtíberos parecen una entidad demasiado grande, y sabemos que entre ellos hay diferencias, de tal modo que hablamos de celtíberos en general y de celtíberos propiamente dichos. Es imposible encontrar una identidad arqueológica, dicho en términos generales, para entidades del rango de los pelendones o los arévacos. Siempre se encuentran rasgos que identifican y otros que los hacen afines a otras entidades. Y ello sucede tanto en la arqueología como sobre todo en los fenómenos lingüísticos, para no hablar de los étnicos en sentido estricto.

La identidad de los pueblos no parece acentuarse, desde la perspectiva aquí considerada, con el paso de los siglos. Sin embargo, desde el punto de vista de la Historia, parece que su papel en la escena se define mejor. Dado que las etnias o entidades conocidas al final del I milenio a. C. lo son a través de las fuentes clásicas, se discute también el concepto de etnia de los autores antiguos: los aspectos o factores que ellos valoraban para diferenciar a un pueblo de otro. La obra de Tácito sirve para mostrar, incluso en su caso —conocimiento directo y enorme perspicacia— las enormes dificultades que se plantean a la hora de decidirse sobre tal diferenciación. Para Tácito, ni la lengua, ni las costumbres, ni los instrumentos, las

\* Universidade de Santiago de Compostela.

casas y la forma de asentamiento son a veces suficientes para saber si un pueblo es germano o sármata.

Como propuesta, se plantea la conveniencia de dar a la arqueología el papel de guía en la investigación de la etnogénesis, mediante el estudio de los diferentes subregistros arqueológicos, en toda la extensión que cada uno de ellos tenga. El entrecruzamiento de tales subregistros, más aquellos relativos a los fenómenos lingüísticos e históricos (incluyendo, p. e., la epigrafía latina) serviría, en el mejor de los casos, para definir regiones históricas, cuya coincidencia con una etnia no debe ser esperada de antemano.

Si he entendido bien el texto de la convocatoria de esta reunión, nuestro objetivo es el siguiente: partiendo del panorama poco estructurado o poco diferenciado que nos ofrece la Península Ibérica en la Edad del Bronce —en lo que se refiere a los grupos de población y a las regiones históricas— debemos trazar las líneas maestras que nos llevan a esa época más o menos inmediatamente anterior a la conquista romana, en la que, gracias a las fuentes clásicas, la Península se nos aparece como un complejo de etnias, de pueblos diferenciados, de regiones históricas amplias, variadas en su interior, pero bien caracterizadas y delimitadas conceptualmente. Nos interesa conocer el proceso mediante el cual de aquel panorama menos diferenciado van a surgir entidades de población o etnias como los Vetones, la Celtiberia, la Carpetania, los Galaicos, etc. Se supone, para empezar, que existen tales líneas maestras; que los pueblos o etnias prerromanas efectivamente se han generado (etnogénesis) a partir de lo que antes existía en forma sólo germinal. Se trata de arqueología, por supuesto, en razón de la naturaleza de nuestras informaciones. Es un proceso formativo sin rupturas, al menos sin rupturas bruscas o generalizadas. Se supone también que las etnias o pueblos que conocemos en época prerromana, por ser el producto de ese proceso, y a pesar de los cambios y alteraciones, nos pueden ilustrar sobre el mismo proceso y sus primeros momentos, es decir, nos pueden ayudar a trazar mejor sus líneas maestras. Eso es lo que se nos pide a los historiadores de la Antigüedad: las circunstancias geográficas de las etnias prerromanas, su vinculación con los fenómenos arqueológicos.

Para el caso de Galicia, y gracias a la amable invitación a la libertad de M. Almagro, creo que debo decir que no tiene mucho interés presentar aquí todo lo que sabemos sobre sus límites, los pueblos que la componen, sus eventuales núcleos urbanos, o su vinculación con el complejo arqueológico que llamamos la cultura castreña. Todo eso ya está hecho. Basta con utilizar la conocida obra de Alain Tranoy, *La Galice Romaine*, donde se puede encontrar prácticamente todo lo que sobre tales cuestiones podemos saber. Y hay que decir que sabemos —comparativamente— mucho, porque esa región histórica que es Callaecia (algo más que Galicia, como se sabe) está relativamente muy bien diferenciada. Las deficiencias mayores las encontramos en la caracterización del registro arqueológico castreño, de lo cual se encarga aquí A. de la Peña y, más allá, en la delimitación de las numerosas comunidades que formaban Callaecia.

Algunas son mejor conocidas, como los Limici, pero otras lo son mucho menos o casi nada. Tenemos muy pocos datos, pues las fuentes clásicas los sitúan sólo de manera aproximada, y a veces incluso nos confunden. Lo verdaderamente oscuro es aquellos que más podría interesar aquí: la correspondencia entre los datos arqueológicos y etnogeográficos, acompañados de los fenómenos lingüísticos. Sirva de ejemplo la imposibilidad de distinguir a los pueblos que, según las fuentes clásicas, pertenecen a la estirpe céltica, frente a aquellos otros que no pertenecen. Ni la arqueología, ni la toponimia, ni la onomástica, ni la epigrafía latina nos dicen nada. Aquí, en esta aparente incongruencia, es donde podría empezar la aportación de Callaecia a los objetivos de esta reunión.

En efecto, la experiencia obtenida en Callaecia nos permite hacer una reflexión de cierto alcance que, espero, pueda ser de interés para todos, también incluso para aquéllos que se dedican a estudiar áreas o regiones muy diferentes. Podremos discutir algo sobre la formación de las regiones históricas, proceso que a veces tiene un punto de inflexión importante en momentos más recientes, bien documentados por las fuentes literarias. Con otras palabras, podremos discutir sobre la intersección del registro arqueológico, del registro lingüístico y de la propia Historia. Llegaremos a una idea bien conocida, pero igualmente olvidada, a saber, que un pueblo, una lengua y una cultura material son cosas distintas, que no coinciden necesariamente y mucho menos de forma excluyente. Pero esta idea no debe ser vista como algo destructivo de posibilidades de conocimiento. Al contrario, nos indica el camino para adentrarnos en la complejidad de la materia, cuya riqueza y multiplicidad se escapan de cualquier formulación demasiado simple.

Una idea subyace a los objetivos propuestos en esta reunión: la existencia de complejos histórico-arqueológicos. Se supone así que existe una correspondencia entre arqueología e historia, o, dicho de otra manera, que a cada etnia debe o puede corresponder una arqueología propia. No una arqueología totalmente diferenciada de las demás —nadie apoyaría tal cosa, por ejemplo, para los Edetani, pero tampoco para los Callaeci, Vetones o Carpetani—, pero sí en la medida en que tales etnias están diferenciadas al final del proceso, una personalidad propia y unas líneas de evolución propias. Tales particularidades serían, precisamente, las que a lo largo del proceso darían lugar a una entidad diferente, a la que correspondería una etnia diferenciada. Dicho así puede parecer un poco enteléquico: ya sabemos que no existe semejante correspondencia entre un registro arqueológico y una etnia, ambos diferenciados y en correspondencia biunívoca. Sin embargo, me parece cierto que dicho concepto (el de complejo histórico-arqueológico) es útil y es operativo, siempre que tengamos presente que sólo debe actuar como guía de la investigación. Sin duda no es posible encontrar ningún complejo histórico-arqueológico que sea verdaderamente distinto a todo, o bien porque el registro arqueológico es parecido o parcialmente igual a otros, o bien porque el pueblo que vivía en aquel territorio tenía la misma

lengua o el mismo origen que otros pueblos ajenos al caso.

Más problemas nos presenta otro término de la relación arqueología-historia. El término 'etnia', además de ser heredero directo del término clásico *ethnos* (lat. *gens*) es muy útil aquí precisamente porque su ambigüedad nos evita enfrentarnos con una serie de problemas arduos. Pero por ello mismo es peligroso. Si los cambiáramos por el término actual 'pueblo' (que, además, carece de ciertas connotaciones incómodas relativas a lo racial o, en todo caso, a lo extra-histórico), nos daríamos de frente con tales arduos problemas. En efecto, ¿son los Celtiberi un pueblo? Diríase que no, que son más bien un conjunto de pueblos. Entonces, los Pelendones, los Arevaci y otros son pueblos... ¿o lo son cada uno de los cuatro *populi* —comunidades— que hay entre los Pelendones según Plinio N.h. 3, 4, 26? No parece razonable buscar una correspondencia arqueológica a cada una de las comunidades de los Pelendones: quizá sea más pensable que éstos, en tanto conjunto, tengan o puedan tener rasgos arqueológicos significativos propios. Sin embargo, nos parece claro que los Celtiberi pueden ser sujetos de un registro arqueológico diferenciado —y lo son, al menos en ciertos rasgos caracterizadores, tomados en sentido más o menos amplio según de qué rasgos se trate—<sup>1</sup>. El término 'etnia' nos permite movernos, en este mar de dificultades, con una cómoda indefinición. Pero los problemas no se acaban ahí. Los Celtiberi, los Callaeci, los Edetani, los Consaburenses, ¿son etnias? ¿Lo son los Mirobrigenses qui Celtici cognominantur de Plinio N.h. 4, 35, 118? En este último caso, diríase que son los habitantes de Miróbriga, un núcleo urbano como su nombre indica, y seguramente su territorio, si ya antes de la conquista romana estaban las cosas organizadas de ese modo. Pero su cognomen parece indicar cierta diferenciación entre sus vecinos... Menos diferenciados parecen los Consaburenses. Puede objetarse, con justicia, que debemos atender a las fuentes clásicas, Plinio en este caso, de acuerdo con su propia lógica: las cuatro comunidades de los Pelendones son mencionadas en un rango distinto, más detallado, y no se pueden comparar con los grupos superiores a los cuales podemos decir que pertenecen o en los que están englobados. Pero, aún así, subsisten problemas.

Los Callaeci sí parecen parangonables con los Celtiberi. Estos presentan tres grados o niveles, como hemos visto. Los Callaeci solamente dos, porque los C. Lucenses y los C. Bracari o Bracaraugustani son los que viven en uno y otro convento jurídico, y eso es algo creado por los romanos<sup>2</sup>. Dentro de los Callaeci

solamente podemos distinguir entre las comunidades como los Limici, los Albiones, los Grovii, etc. Lo mismo sucede con los Contestani, por ejemplo. ¿Qué significa esta diferencia? Los Celtiberi aparecen como *gens* —Livio 28, 2, 13; 30, 8, 8 y varios pasajes más—, lo mismo que los Callaeci —Plinio, N.h. 8, 67, 166—<sup>3</sup>. Los Contestani no, como tampoco los Carpetani. A mi modo de ver, se impone una simple conclusión: que las fuentes antiguas no nos ofrecen una información suficiente para poder decidir fácilmente cuáles son las etnias cuya correspondencia con la arqueología quisiéramos descubrir. No es fácil decidir dónde, en la serie de mayores o menores entidades, debemos cortar. Y si a veces lo sabemos, ello se debe a que ya conocemos una facies arqueológica, unos fenómenos lingüísticos, etc., que nos sirven de guía. Pero hay más y mayores problemas.

Supongo que los Callaeci son una de las etnias que nos interesan. Independientemente de lo que sepamos sobre la cultura castreña —con la cual coinciden sólo en parte<sup>4</sup>— los autores clásicos hablan de ellos como de una entidad bien definida, suficientemente amplia. Pero los Callaeci son una etnia creada por los romanos. Antes, no existe. Como he intentado mostrar en otra parte<sup>5</sup>, son los romanos los que dan nombre, forma y estructura a toda esa región que, a partir de entonces, va a llamarse Callaecia. Es la inventio —en el sentido clásico de *invenire*— de Callaecia. Ello no quiere decir que los romanos creasen lo que antes no existía, sino precisamente que al reconocer y saber valorar la identidad de aquella región, en su delicado trabajo de organización de las tierras y los hombres, después de la conquista —las conocidas reformas de Augusto— le dieron existencia histórica. A partir de entonces muchas cosas sucedieron para, por, desde y en la nueva región histórica, de

también unitario, de Callaecia, carecemos de noticias antiguas sobre las correspondientes etnias. Sobre el carácter internamente muy diferenciado de algunos conventus, como el Cluniensis, vid. M. Dolores Dopico, *La Tabula Lougeiorum. Estudios sobre la implantación romana en Hispania* (Vitoria, 1988) 54 s. Vid. también J. Santos Yanguas, *Comunidades indígenas y administración romana en el noroeste hispánico* (Bilbao, 1985), 73 ss.

<sup>3</sup> Ahora sabemos que *gens* no es una forma de organización social ni política determinada, sino que designa a grupos vinculados por caracteres que los diferencian de los demás. Hay *gentes* de dioses, hombres, animales y plantas. Las de hombres no presuponen ni tampoco excluyen ningún tipo de organización. Se trata de pueblos, en el más amplio sentido de la palabra, individualizados por caracteres de naturaleza étnico-histórica, ante todo un origen diferenciado (a veces, ficticio), forma de vida, costumbres, etc. Para nosotros, que un pueblo aparece en las fuentes como *gens* no supone necesariamente que haya de tener una entidad diferenciada, a la cual podría corresponder un registro arqueológico propio. Una *gens* puede contener a otra, como la *gens Asturum*, que contiene a la *gens Zoelarum*, ambas documentadas epigráficamente. Pero muy probablemente un pueblo diferenciado en sus modos de vida de tal manera que pudiéramos esperar una arqueología propia, sería llamado *gens* por los autores antiguos. Su criterio para distinguir a unos hombres de otros no era 'étnico' en el sentido actual, que implica aspectos raciales, con mayor o menor intensidad. No era el hombre desnudo, el que antiguamente se observaba, sino el hombre vestido, con sus hábitos, costumbres y aspecto exterior resultante. Vid. Pilar Rodríguez, *Gens. Una forma de agrupación antigua mal conocida*. Tesis doctoral. Vitoria, 1989, con bibliografía. R. Wenskus, *Stammesbildung und Verfassung. Das Werden der frühmittelalterlichen Gentes* (Köln, 1961) 32 s.

<sup>4</sup> Sobre la extensión de la cultura castreña, mucho más amplia que Callaecia, vid. C. Fernández Ochoa, El impacto de la romanización en el hábitat del noroeste, en: *Actas del I<sup>o</sup> Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Santiago de Compostela, 1986 (Santiago de C., 1988) 11, 346 ss.

<sup>5</sup> O.c. nota 2. 246 ss.

<sup>1</sup> Vid. J. de Hoz, Hispano-Celtic and Celtiberian, en: *Proceedings of the First North American Congress of Celtic Studies*. Ottawa, 1986 (Ottawa, 1988) passim y especialmente 192 ss. y mapa 2. F. Burillo Mozota, Sobre el origen de los celtiberos, en: *I<sup>o</sup> Simposium sobre los celtiberos*. Daroca, 1986 (Zaragoza, 1987), 75. Vid. todavía M. Koch, Die Keltiberer und ihr historischer Kontext, en: *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*. Tübingen 1976 (Salamanca 1979), pág. 400, sobre la entidad diferenciada de los celtiberos, y pág. 418 sobre la mezcla de elementos diversos en su área.

<sup>2</sup> Sobre el carácter diferenciado de los dos conventus de Callaecia vid. G. Pereira Menaut, Cambios estructurales versus romanización convencional. La transformación del paisaje político en el norte de Hispania, en: *Estudios sobre la Tabula Siarensis. Anejos del Arch. Esp. de Arq.*, 9 (Madrid, 1988) 251 ss. Pero aún siendo así dentro del marco más amplio,

modo que con el paso del tiempo Callaecia, callaecus, etc., llegaron a ser referencias aparentemente tan naturales, originales, como normalmente pensamos. Pero las cosas no son tan simples.

Estrabón nos dice muy claramente, por una parte, que los lusitanos llegan por el norte hasta el mar Cantábrico, pero que 'ahora' a los del Duero hacia el norte les llaman callaicos. Ya sabemos que Estrabón es poco fiable cuando describe supuestas costumbres extrañas, que predica de escitas, vascones, cántabros o galaicos —todos más o menos iguales—, y que utiliza como medio para justificar la conquista romana, portadora de civilización a tan bárbaros pueblos. Pero en nuestro caso es algo distinto: tenemos, además, lo que se suele llamar informaciones cruzadas, que convergen para mostrar claramente que al hablar de la nueva organización del territorio no está poniendo nada de su parte, sino simplemente haciéndose eco de los cambios que se están produciendo<sup>6</sup>. De acuerdo con ello, ¿no deberíamos considerar a lusitanos y galaicos, juntos, como la etnia cuya génesis deseamos conocer? Algo así puede haber ocurrido en otras regiones —así sucedió en Asturias y Cantabria, por ejemplo<sup>7</sup>—, y debemos tenerlo en cuenta. Con otras palabras: las fuentes clásicas, donde conocemos a las etnias cuya génesis estudiamos, nos pueden ofrecer un panorama totalmente moderno, revelador ya de la acción de los romanos, no derivado de la dinámica interna de aquellos pueblos. Si de hecho, como en el caso de Callaecia, la región histórica inventada por los romanos parece responder a una realidad diferenciada, ello se debe precisamente a la propia praxis romana, que siempre que fue posible organizó las tierras y los hombres, dentro de su nueva administración y control, siguiendo la configuración étnico-histórica preexistente. Pero desde aquí mismo podemos profundizar un poco más. Los romanos reconocieron la especificidad de Callaecia, dando lugar a un complejo histórico-arqueológico parcialmente bien delimitado. Parcialmente bien delimitado en la arqueología, pero mucho peor en ciertos fenómenos lingüísticos (vid. más abajo), que traslucen cosas tan importantes como la religiosidad. Sin embargo, Callaecia aparece bien definida en su organización socio-política: aquí no hay ni gentes, ni gentilidades, ni los llamados 'genitivos de plural', ni cognationes, sino su exclusivo sistema de subcomunidades llamadas castella<sup>8</sup>. Vemos, pues, que también los romanos tuvieron que separar lo que era afín, y juntar lo diverso. Podríamos decir que al delimitar una etnia, como en Callaecia, separaron aquello donde un cierto número de 'registros' (arqueológicos, lingüísticos y otros que no conocemos) se entrecruzaban para dar lugar a algo diferenciado. Pero sin ser exclusivos ni excluyentes. Este entrecruzamiento de

los diferentes registros es muy importante para cualquier reflexión sobre los complejos histórico-arqueológicos, para cualquier reconstrucción de la génesis de las etnias.

Al presentar la etnia Callaecia como una creación moderna de los romanos —moderna en relación con los comienzos del proceso de etnogénesis— hemos hecho un corte horizontal en el complejo histórico-arqueológico. Hemos extraído la capa más superficial, más reciente, y hemos visto el rico complejo de problemas que salen a la luz. Si en un ejercicio de imaginación suprimiésemos ahora ese primer registro, si imaginásemos que los romanos nunca dieron nombre y estructura a esa región, nos situaríamos en una posición difícil, pero llena de sugerencias: nos habríamos quedado sin el final del proceso de etnogénesis, sin etnia. En su lugar tendríamos solamente arqueología, en la que, probablemente, nos dedicaríamos a resaltar las diferencias internas, a establecer, quizá, subtipos, a valorar mucho más ciertos sub-registros diferenciados dentro del conjunto. Por el contrario, al saber que efectivamente el territorio en cuestión y su registro arqueológico son el lugar de asentamiento de una etnia, nuestra consideración de los hechos resulta fuertemente determinada: al conocer el final del proceso —valga la expresión— todo parece ordenarse más fácilmente hacia ese final, y las diferencias e incongruencias podrán ser vistas con mayor tolerancia. Y ahora se hace inevitable una pregunta. ¿Cómo debemos encarar la consideración del proceso de etnogénesis en aquellas etnias que o bien recubren realidades muy distintas o bien parecen 'vacías de contenido' históricamente? En tales casos, nuestra situación será parecida a aquella otra, hipotética, en la que careciésemos de una etnia diferenciada testimoniada en las fuentes. Y esto es, debemos decirlo, lo más frecuente. Por todas partes se entremezclan elementos que distorsionan el paisaje claro y bien definido que quisiéramos encontrar. Aquí y allá encontramos menciones de Celtici, como incrustados en un ambiente ajeno. Otras veces, como sucede con las etnias que miran el Mediterráneo, sabemos que engloban pueblos de diferente arqueología y diferente lengua incluso. ¿Cómo valorar todo ello a la hora de identificar a una etnia cuyo proceso de génesis queremos investigar? Podemos todavía volver al problema de la selección de las etnias que encontramos en las fuentes, desde otro punto de vista. ¿Qué lusitanos queremos? ¿Los lusitanos que llegaban al Cantábrico, o los lusitanos de la provincia Lusitania, que también aparecen en las fuentes, o los lusitanos del área donde se ha detectado una lengua propia, por cierto, más cercanos al escenario original, según las fuentes que narran las guerras lusitanas? Parece obvio que a los primeros y, dentro de ello a los lusitanos, propiamente dichos, a los identificados lingüísticamente. Hay lusitanos 'propiamente dichos', y celtiberos 'propiamente dichos', y quizá haya más etnias categorizadas de esta forma a medida que la investigación se perfeccione. 'Propiamente dichos' quiere decir, aquí, aquellos que reúnen más características diferenciales propias de esa etnia<sup>9</sup>.

<sup>6</sup> Estrabón 3, 3, 2; 3, 4, 20. Vid. G. Pereira Menaut, o.c. nota 2, 249 ss. P. Le Roux, *L'Armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste à l'invasion de 409* (Paris, 1982) 75 ss.

<sup>7</sup> Para Asturias, que es el conventus Asturum, vid. J. Santos Yanguas, o.c. nota 2, 78 s. Para Cantabria, vid. J. M. Solana, *Los cántabros y la ciudad de Iuliobriga* (Santander, 1981) 25.

<sup>8</sup> La reciente aparición de la Tabula Lougeiorum rompe la absoluta diferenciación de Callaecia en su forma de organización socio-política: los *Lougei castellani toletenses* de la Tabla de O Caurel (Inscr. Rom. Prov. de Lugo n. 55) sabemos ahora que eran astures, vid. M. Dolores Dopico, o.c. nota 2, 9 ss.

<sup>9</sup> Para los lusitanos, vid. A. Tovar, La inscripción del Cabeço das Fraguas y la lengua de los lusitanos, en: *Actas del III Coloquio sobre*

Vamos a examinar el complejo histórico-arqueológico en mayor profundidad. El registro lingüístico, en su relación con los otros aspectos de la totalidad que es una etnia, nos ofrece nuevas posibilidades de reflexión. No se quiere decir, con ello, que a cada complejo histórico-arqueológico deba corresponder un registro lingüístico diferenciado: al contrario, sabemos que lengua, pueblo y cultura arqueológica no necesariamente coinciden. Pero, ello no obstante, tampoco deja de ser cierto que en la génesis de las etnias los fenómenos lingüísticos pueden, en principio, servir de testigos de excepcional interés. Por lo demás, independientemente de ello, como veremos, su comportamiento ofrece interesantes perspectivas que enriquecen el panorama.

El registro lingüístico de Callaecia, como dando la razón a Estrabón, la asimila a Lusitania, de modo que J. Untermann habla del galaico-lusitano como una de las lenguas celtas de la Península Ibérica<sup>10</sup>. Al margen de ello, es innegable que existen similitudes entre Callaecia y Lusitania, que podemos ver en la antroponomía y la teonimia antiguas. Hay relativamente muchos nombres personales que son comunes a ambas, y en algunos casos parecen ser exclusivos, es decir, no aparecen en otras regiones del área indoeuropea de la Península. Se podría decir, por tanto, que definen y separan al conjunto Callaecia-Lusitania. Otros antropónimos, por el contrario, son comunes a Callaecia, Asturias y aún otras regiones más alejadas, en la misma dirección. Se podría decir, por tanto, que definen y separan a Callaecia, pero esta vez que la separan de Lusitania<sup>11</sup>. En la teonimia antigua, la unión de Callaecia con Lusitania parece ser más clara y más excluyente, aunque tampoco en todos los casos; la distribución de los testimonios de divinidades como Bandua, con todo, ha obtenido una valoración muy decidida en la investigación lingüística<sup>12</sup>. ¿Qué valor debemos dar a estas evidencias, en el estudio de la etnógenesis? Si olvidamos que las peculiaridades locales siempre deben haber subsistido, en un panorama general de cierta homogeneidad<sup>13</sup>, podríamos reducir el argumento a un estéril absurdo. Sin embargo, no deja de ser elocuente, para nuestra reflexión, el hecho innegable de que el registro lingüístico no coincide con la etnia Callaecia. Por una parte, es más

amplio. Por otra, su mayor amplitud no es unívoca ni uniforme: es compartido por unas u otras etnias. Aún podríamos hablar de sus diferencias internas, que también son evidentes en la antroponomía<sup>14</sup>. En todo caso, lo que aquí nos interesa destacar es que, en el interior de un complejo histórico-arqueológico (¿deberíamos decir histórico-arqueológico-lingüístico?), hay estratos o registros que ni son exclusivos ni por fuerza unitarios. Probablemente debamos pensar que sólo la intersección de los diferentes registros, en una región determinada, dé lugar a ese complejo, que se corresponderá, quizá, y más o menos, con una de las etnias, tal como las conocemos en las fuentes clásicas.

Algo semejante sucede en el registro arqueológico. La cultura castreña no es tan exclusiva de Callaecia como antes pensábamos. La investigación actual parece decididamente afirmar que su límite oriental debe ser llevado hasta el Sella, es decir, hasta el propio límite oriental del Conventus Asturum. La antaño pretendida marginalidad y aislamiento de la cultura castreña tampoco es hoy aceptada; al contrario, su vinculación con la meseta y otras influencias se han hecho ya una opinión común. Una vez más, podemos comprobar que el registro arqueológico no coincide con la etnia ni con los fenómenos lingüísticos. La llamada 'cultura de los verracos' es un buen ejemplo particularizado. Una parte de Callaecia, al sur, comparte este rango de la cultura material con otras regiones, en dirección sureste y Duero arriba<sup>15</sup>. He ahí un nuevo elemento compartido, pero con otros pueblos distintos a los que compartían ciertos fenómenos lingüísticos. ¿Qué valoración deberíamos dar a este hecho? ¿Hasta qué punto abre diferencias internas en esa etnia que solemos pensar muy bien diferenciada? Para los historiadores, esas preguntas están siempre presentes cuando, dirigiendo nuestro interés hacia los resultados de la arqueología, nos encontramos al gran fósil-director —al menos en ausencia de otros—, la cerámica, convertida en principal portadora de influencias. La presencia de cerámica tipo Penha puede levantar más discusión y producir más hipótesis que los verracos. Pero, según estamos viendo, ¿no es normal y habitual que todos y cada uno de los niveles o estratos del complejo histórico-arqueológico sean compartidos con otras etnias, o al menos no exclusivos de una de ellas? Para definir un complejo histórico-arqueológico, ¿no sería preferible esperar a saber cómo, en una región determinada, confluyen los diferentes registros para dar lugar a algo mejor diferenciado?

Es un hecho claro que desde mediados del I milenio a. C. aproximadamente, según de qué regiones hablemos, se produce un desarrollo superior —en relación con lo anterior— en las diferentes grandes regiones arqueológicas. La cultura material se hace

*Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Lisboa, 1980 (Salamanca, 1985) 252: «Localizado en el centro de la región montañosa situada entre el Duero y el Tago aparece entonces un pueblo histórico que habla un dialecto indoeuropeo propio, el Lusitano», cfr. nota 10. Para los celtiberos, vid. J. de Hoz, o.c. nota 1; vid. mapa 2, donde coinciden una serie de elementos propios (cerámica, inscripciones, ciudades celtibéricas) en un área más restringida que aquella que, según las fuentes clásicas, corresponde a los celtiberos. Según F. Burillo Mozota, o.c. nota 1, 87: «No obstante, a pesar de sus rasgos comunes, se perciben dos áreas geográficas con personalidad propia en su desarrollo, la meseteña y la del valle del Ebro». En esta última se concentran los elementos diferenciadores.

<sup>10</sup> Vid. J. Untermann, *Gran Enciclopedia Gallega*, s.v. Celtas (Lengua). Pero cfr. J. de Hoz, o.c. nota 1, 196 y nota 11 bis con más referencias, sobre la celticidad del Lusitano.

<sup>11</sup> Sobre nombres antiguos galaico-astures, galaico-lusitanos y lusitano-vetones documentados entre galaicos, vid. M. L. Albertos, La onomástica personal indígena del noroeste hispánico (astures y galaicos), en: *Actas del III Coloquio de Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Lisboa, 1980 (Salamanca, 1985) 304 y esp. mapas 5, 6 y 8. Sobre la identidad de la zona galaica dentro del área lingüística lusitano-galaica, vid. J. Untermann, o.c. nota 10.

<sup>12</sup> J. Untermann, o.c. nota 10.

<sup>13</sup> Vid. J. de Hoz, o.c. nota 1, 201.

<sup>14</sup> M. L. Albertos, o.c. nota 11 passim. G. Pereira Menaut, o.c. nota 2, 252.

<sup>15</sup> He aislado el fenómeno de los verracos, pero en realidad es algo mucho más amplio. Vid. G. López Monteagudo, Relaciones entre la cultura de los verracos y la cultura castreña. *Trab. de Prehist.* 43, 1986, 211 ss. y mapa en pág. 212; pág. 225: «Íntimos contactos, tanto material como culturalmente».

más rica y más compleja. Como en la Gallia, todo es superior en las áreas donde se deja sentir la influencia de las culturas mediterráneas. En el contexto de nuestra reflexión, la pregunta que se impone es: ¿acentúa este proceso la personalidad propia de las etnias en formación? Con otras palabras, ¿nos acerca este proceso a Callaecia, a Carpetania, etc.? Me temo que la respuesta deba ser 'no'. Hay —se desarrollan— grandes áreas arqueológicas, aún con sus diferencias internas, como sucede con la cultura castreña y con otras. Pero ninguna de ellas coincide con las etnias que conocemos después en las fuentes clásicas, o bien coinciden sólo de manera parcial y no muy significativa —para pronunciarnos decididamente tendríamos antes que decidir exactamente qué entendemos por etnia, dónde cortamos en la serie de informaciones etnográficas, como vimos al principio. Para Callaecia la respuesta debe ser negativa, como hemos visto, tanto por lo que hace a la arqueología como a la lingüística, como por aquellos pasajes de Estrabón sobre la primitiva extensión de Lusitania hasta el Cantábrico.

El proceso refuerza la identidad de tales grandes áreas, es cierto. En otro lugar he insistido en la idea de que tal proceso no debe ser visto como sólo resultado de una dinámica interna de los pueblos proto-históricos, sino también y decididamente como resultado de un proceso formativo en el que intervienen siempre aportes del exterior. Incluso en el caso de la remota Callaecia, su aislamiento ha ido desapareciendo poco a poco de nuestros planteamientos, aunque de momento las evidencias sean escasas, si bien crecientes. Lo que he llamado 'aculturación material' previa a la romanización, es decir, la presencia de artefactos romanos, en creciente intensidad, aún antes de la conquista, debe ser valorado también de ese modo, no como un estadio primitivo de la romanización posterior<sup>16</sup>. He aquí un hecho importante sobre el que vale la pena reflexionar: los aportes del exterior son también esenciales al proceso de desarrollo de esas grandes áreas y de su mayor identidad. En efecto, el reforzamiento de la identidad de esas grandes áreas no supone, y esto es ahora lo importante, que esa identidad refuerce también sus aspectos exclusivos y excluyentes. Al contrario, como hemos visto, se generan en el proceso de desarrollo de lo que es 'propio' una serie de elementos o sectores que son 'comunes'. Me parece innegable que, desde la Edad del Bronce hasta la situación reflejada en las fuentes clásicas, aparecen ciertos fenómenos registrados por la arqueología, sin que sea necesario poner ejemplos, que nos indican más bien la existencia de ciertas líneas de desarrollo comunes a lo que después vamos a llamar diferentes etnias. En realidad, tal proceso se continúa después del comienzo de eso que llamamos 'romanización', y no hay ninguna razón seria para no tenerlo en cuenta. Entonces puede ser la epigrafía el fósil-director que nos guíe hacia el desarrollo de áreas con rasgos comunes. No me refiero a la antroponimia ni a la teonimia, sino a la forma y a la función arquitectónica, que revelan estilos, concepciones de carácter general y, en particular, la de las tumbas (altas estelas

para adosar a una pared: placas para empotrar en un monumento...). Cuando encontramos tales peculiaridades de los monumentos funerarios en regiones como Callaecia, donde antes de la conquista romana no practicaban ningún tipo de enterramiento —que haya dejado restos, al menos—, tenemos que suponer que los rasgos característicos de la epigrafía galaico-romana, diferenciados de cualquier otra región epigráfica —no siempre en todo ni con la misma intensidad— surgen o nacen de algo que es propio, pues no ha podido ser importado. Es decir, el proceso de diferenciación de unas y otras regiones no se ha detenido, al menos allí donde la romanización no ha detenido los procesos de desarrollo internos.

No creo que el desarrollo de la cultura ibérica haya acentuado la personalidad de indigetes, laietani, lacetani, etc. Es decir, el desarrollo de esa facies arqueológica (y lingüística, en este caso) no es un fenómeno paralelo a la génesis de las etnias... a no ser que prescindamos de esos 'pueblos' en nuestra nomenclatura de etnias y a cambio incluyamos a unos 'iberos del norte'. Pero entonces tendríamos necesariamente que pasarnos al sur de la Gallia, lo que complicaría las cosas todavía más desde el punto de vista histórico. Tampoco el desarrollo de la cultura castreña, por cierto que más tardío de lo que solemos pensar, al menos en sus aspectos esenciales (vid. la ponencia de A. de la Peña) supuso una mayor identidad de la etnia Callaecia. Sobre ello ya no hará falta insistir.

Al menos en el caso de Callaecia, el proceso puede haber sido precisamente al revés: es la conquista romana la que acentúa su personalidad. Ya hemos visto que fueron los romanos quienes crearon el concepto, y lo aplicaron a una región histórica. Ellos crearon la etnia, aunque sin duda a partir de una serie de elementos culturales de todo tipo que componían un complejo histórico-arqueológico de la naturaleza que hemos visto: con multitud de elementos compartidos. Pero, y esto es lo interesante aquí, cada vez menos compartidos en cuanto nos adentramos en la Historia y nuestra información se hace más amplia y más rica. Entonces, la forma de organización socio-política, la organización de las comunidades, supone una diferencia de rango mayor.

Las etnias, cuya génesis queremos estudiar, son las etnias que encontramos en las fuentes clásicas. Así se nos dice en la convocatoria de esta reunión, y no podría ser de otro modo. Ya hemos visto más arriba las dificultades que tenemos para decidir con operatividad cuáles de las entidades mencionadas por los autores antiguos son precisamente las etnias que nos interesan, es decir, aquellas cuya génesis es relevante históricamente y puede tener un trasunto diferenciado en la arqueología. Debemos plantearnos, pues, una pregunta esencial: ¿cómo se reconocían, se diferenciaban, se establecían las etnias en la antigüedad? Una respuesta a esta cuestión sería muy interesante para nosotros, pues ya hemos visto el caso de Callaecia, en el que casi podemos asistir al nacimiento de la etnia. Pero, además, podría sugerirnos una nueva pregunta: ¿qué consideramos nosotros fundamental en la constitución de una etnia... cuándo consideramos que un

<sup>16</sup> G. Pereira Menaut, La formación histórica de los pueblos del norte de Hispania. El caso de Gallaecia como paradigma. *Veleia* 1, 1984, 272 ss.

registro arqueológico está suficientemente diferenciado para corresponder —para deber corresponder— a una etnia diferenciada? Esta es una importante pregunta, pues determina nuestra forma de valorar el registro arqueológico.

Para los antiguos, un pueblo viene a ser definido por sus *nomoi* (en el sentido de mores), es decir, su forma de organizar la vida, por su lengua y por su origen. Dentro de este esquema general, se trata siempre de buscar totalidades dentro de las cuales pueda ser encajado lo individual. Se busca un orden universal y luego se incluyen las particularidades de cada pueblo. En una época más antigua, entre los griegos, todavía tiene mucha influencia la teoría hipocrática de los climas y sus consecuencias: por otro lado, las ideas sobre el desarrollo cultural y la evolución social inspiradas en los sofistas permitían comprender los desarrollos distintos, en diferentes pueblos, dentro de una humanidad constituida físicamente de la misma manera. Aristóteles llega a una teoría evolutiva de las sociedades, prestando atención a su constitución política y a su entorno para explicar su individualidad histórica. En el Alto Imperio Romano, el mundo se divide en grandes grupos a su vez divididos en otros más pequeños. Los nombres de los grandes grupos, como los escitas o los celtas, tienen mayor valor que los nombres de los pueblos individuales en tanto conceptos fundamentales y también para cualquier clasificación de pueblos. Pero por la misma razón se alejan de la realidad y dan lugar a especulaciones. Así, según el criterio de clasificación que empleen, en función de la lengua, de las costumbres, etc., los pueblos pequeños pueden ser ubicados en diferentes pueblos grandes, como sucede con los Osi, que por su lengua son panonios, pero según otros criterios, no<sup>17</sup>.

Pero veámoslo de forma más concreta. Tácito fue el primer precursor de la teoría de los círculos culturales, y, sin duda, el mayor representante de la etnografía romana<sup>18</sup>. Tácito sabía que la adscripción de un pueblo determinado a un conjunto superior debía ser hecha en virtud de su pertenencia a un área o círculo cultural. Estudiando tales áreas culturales, sobre todo en su Germania, Tácito nos dejó unas reflexiones extraordinariamente interesantes para nosotros, que no se reducen a los aspectos teóricos de una taxonomía de los pueblos, sino que llegan a la constatación de los hechos históricos, siempre más ricos e irreductibles, que acaecen sobre tales pueblos. Así es como se enfrenta a hechos tan elocuentes, para nosotros, como los que vamos a ver.

Tácito, que sabe que los germanos se consideran un pueblo muy diferenciado, y así lo cree él mismo, afirma (Germ. 2) que Germania es un nombre nuevo, dado por los galos que habían sido vencidos por el primer pueblo germano que había cruzado el Rhin hacia el sur. Por el miedo que les inspiraban, llamaron Germani a todos los que vivían al otro lado

del río, y poco a poco éstos se lo aplicaron a sí mismos<sup>19</sup>. Aunque las circunstancias varían, ¿no es algo parecido a lo que hemos visto en el caso de Callaecia? Un nombre nuevo para una realidad ya existente. Un nombre nuevo, que parece tener que referir una realidad unitaria, pero nacido al margen de la unitariedad de esa realidad, aunque no la contradiga. Bohemia es otro nombre de una región con su particular historia. En otro tiempo, los galos eran más fuertes, y algunos se asentaron en territorios de Germania; los Helvetii y los Boii, ambos pueblos galos, ocuparon las tierras entre el Rhin, el Meno y el bosque Hercinio. «El nombre de Bohemia se ha mantenido hasta ahora y muestra la vieja historia del lugar, aunque sus habitantes han cambiado» (Germ. 28). ¿No es paragonable con la historia del nombre de Lusitania? También allí se mantuvo el nombre de una región que, sin embargo, cambió su contenido. Estos ejemplos son como escenas vivas pertenecientes a dramas que también en otras partes se dieron, como en Hispania, aunque no sepamos bien con qué implicaciones. Nos acercan también a otro gran tema, el de los movimientos de pueblos, que no parecen alterar ni la facies arqueológica ni los nombres de sus nuevos lugares de asentamiento. Así es el caso de los Turduli Veteres<sup>20</sup>.

Para definir a un pueblo, Tácito se fija en su lengua, sus costumbres, sus instituciones y hasta su arquitectura. A veces (¡pero sólo a veces!) parece dar un valor preeminente a la lengua, como cuando dice que los Osi, por tener una lengua panonia, no son germanos, a pesar de vivir en su territorio (Germ. 43)<sup>21</sup>. Otras veces es la lengua y los hábitos de vida, como cuando dice que Marsigni y Buri, *sermone cultuque*, son suebos (*ibid.*). Pero Tácito duda: los Venethi se podrían adscribir preferentemente (*hi tamen inter germanos potius referuntur*) a los germanos, porque viven en casas, llevan escudo y les gusta andar, en lo cual son totalmente distintos a los sármatas, que se pasan la vida en sus carros y sus caballos (*in plaustro equoque viventibus*) (Germ. 46). Parece que tal radical diferencia (de la cual la arqueología se haría fiel reflejo, ¡hay que suponer!) lo inclinan a decidirse, pero no del todo: eso no es suficiente para definir a un pueblo. Pero todavía es más claro en otro pasaje del mismo capítulo, cuando explícitamente dice que duda (*dubito, quamquam*

<sup>19</sup> Una discusión del controvertido pasaje de Tácito. Germ. 2: Ita nationis nomen, non gentis evaluisse paulatim, en Pilar Rodríguez, o.c. nota 3 con revisión de la bibliografía anterior. En el mismo sentido, K. Kraft, *Zur Entstehung des Namens Germania. Sitzungsberichte der wiss. Gesellschaft an der Johann Wolfgang Goethe-Universität Frankfurt*, vol. 9, nr. 2 (Wiesbaden, 1970) 36 ss.

<sup>20</sup> Su traslado al norte de Lusitania, justo al sur del Duero en su desembocadura, reflejado por Mela (3, 8) y Plinio (N.h. 4, 12) ha sido confirmado por la reciente aparición de dos placas de bronce en Vila Nova de Gaia, con mención expresa de tal comunidad. Vid. G. Pereira Menaut, o.c. nota 2, 250 ss. y nota 9, con bibliografía.

<sup>21</sup> En Germ. 28, Tácito dice que no es seguro si los Aravisci emigraron a Panonia desde el territorio de los Osi, *germanorum natione*, o si los Osi emigraron a Germania desde el territorio de los Aravisci, pues hasta hoy tienen la misma lengua, las mismas instituciones (*institutis*), las mismas costumbres (*moribus*). La expresión *germanorum natione* no significa que los Osi sean un pueblo de ascendencia germánica, sino, simplemente, que viven en tierras de Germania. Si después Tácito afirma que por su lengua panonia no son germanos, no existe en ello ninguna contradicción, sino todo lo contrario. Vid. Pilar Rodríguez, o.c. nota 3, 193 ss. con revisión bibliográfica.

<sup>17</sup> Sigo aquí el esclarecedor trabajo de D. Timpe, *Ethnologische Begriffsbildung in der Antike*, en: H. Beck (ed.), *Germanen-probleme in heutiger Sicht* (Berlín, 1986) 23 ss. El ejemplo de los Osi no permite deducir nada tan incongruente como que a la vez son y no son germanos, según se considere. Timpe no ha entendido bien la expresión de Tácito en Germ. 28 *germanorum natione*. Vid. más abajo nota 21.

<sup>18</sup> Vid. K. E. Müller, *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung* (Wiesbaden, 1980) 96 ss. 106.



*Peucini...*) si adscribir a los Peucini y a otros pueblos a los germanos o a los sármatas, aunque los Peucini, que otros llaman Bastarnae, son como los germanos en lengua, estilo de vida, forma de los asentamientos y forma de las casas (*sermone cultu sede ac domiciliis ut germani agunt*). Dificilmente se podría expresar mejor todo aquello que, en el registro arqueológico, puede haber permanecido hasta nosotros. Prácticamente todo está o puede estar representado en la escueta frase de Tácito: lo que se deriva de la vida diaria —sus restos materiales—, la forma de construir las casas y el sistema de poblamiento. ¿Hay algo más elocuente para un arqueólogo que tales dimensiones de la vida de un pueblo? Y, sin embargo, Tácito, testigo de excepción, duda. Es decir: todo eso no le llega para definir a un pueblo, para adscribirlo a una u otra entidad mayor. Se podría argumentar que Tácito busca la adscripción étnica. Y es cierto, pero ya sabemos que en la antigüedad lo étnico se busca en el hombre vestido, con sus costumbres y sus hábitos, no en el hombre desnudo, en perspectiva racial (vid. nota 3).

Tácito parte de la idea, latente todo el tiempo, de que a un pueblo diferenciado le corresponden, o deben corresponder, una lengua y una cultura propias. Pero lo que los pasajes revisados nos permiten comprobar es que, en la práctica, Tácito ve que tales dimensiones son 'intercambiables', que sus alteraciones no responden a otras correspondientes de la etnogeografía. Es decir: que lengua, pueblo y cultura material no coinciden, o no necesariamente. Tácito busca el entrecruzamiento de los registros, siguiendo la expresión que antes he utilizado, pero ni aún así, en el caso de los Peucini, es capaz de decidirse.

Se deduce claramente que Tácito se encuentra con regiones históricas, como Bohemia, con pueblos constituidos, como los Osi (vid. nota 21), que siguen siendo pueblos, aunque sobre ellos se produzcan cambios. Pueden tener la lengua 'que no les corresponde', o pueden haber adquirido la apariencia de otros pueblos, como los Peucini, que por haberse casado con mujeres sármatas, han adquirido la apariencia horrenda de éstos (Germ. 46). Pero subsiste el hecho fundamental: la existencia de pueblos constituidos como tales. Los Semnones son suebos, pero se consideran, entre ellos, los más antiguos y los más nobles, y tienen cultos que confirman esa antigüedad. Viven en cien cantones (*pagi*), y contienen diferentes *populi* (Germ. 39). Pero son suebos, y no se diferencian de éstos, o al menos Tácito no lo dice. Parece que entre los Semnones su autoconsciencia juega un papel importante... ¿Es, por cierto, un caso semejante al de los Pelendones dentro de los celtíberos?

Es posible que la existencia de pueblos constituidos como tales, dotados por supuesto de la propia consciencia de ser un pueblo diferenciado, aunque sólo lo sea desde una perspectiva histórica, sea un hecho definitivo en la formación del mapa étnico, y no sólo en la Península Ibérica. En la mayoría de los casos, nosotros solamente encontramos sus nombres en las fuentes clásicas y, debajo de ellos, todo un mundo de posibilidades. Sólo la arqueología y la lingüística podrán darnos cuenta del juego de tales posibilidades.

Si buscamos la arqueología de un pueblo podemos estar haciendo el camino al revés y sin llegar a ninguna parte. A estas alturas ya deberá estar claro que hay o puede haber pueblos sin la arqueología, es decir, sin arqueología propia, diferenciada, o solamente en parte. Y aquí viene la otra pregunta que hemos dejado planteada: ¿cuándo, nosotros, consideramos un registro arqueológico suficientemente diferenciado para que haya de corresponder a un pueblo también diferenciado? Volveremos sobre ello.

A modo de resumen y conclusión. La primera dificultad que nos encontramos en el establecimiento de la génesis de las etnias que conocemos en las fuentes clásicas es, precisamente, saber cuáles de las entidades o grupos de población mencionados en las fuentes son las etnias que nos interesan. Con otras palabras, saber si las líneas de desarrollo que del Bronce Final llevan a la época prerromana deben llevarnos a los Celtiberi, a los Pelendones o a cada una de sus *civitates* —y aquí olvidamos las diferencias entre unas y otras fuentes y sus contradicciones. Me parece claro que debemos excluir a entidades como los Consaburenses, los Limici, los Uxamenses, etc., es decir, que debemos excluir a las *civitates*, a las comunidades organizadas como tales. Es claro que los Limici no forman un conjunto histórico-arqueológico-lingüístico diferenciado. Son iguales a los Bibali, a los Interamici y a los otros *populi* o *civitates* del sur de Callaecia, o al menos sus diferencias no se nos han hecho patentes. Pero si son diferentes a los Artabri o a los Albiones del norte de Callaecia, tanto en la arqueología como en los restos lingüísticos. Hay diferencias internas, dentro de la unitariedad de Callaecia, como las hay entre los relativamente muy bien definidos Celtiberi<sup>22</sup>. Los Callaeci, todos juntos, se diferencian de los Astures, pero no en todo; son diferentes, aunque no siempre, en la antroponimia, en la teonimia, en la organización social (vid. nota 8), pero mucho menos en la arqueología. Un solo registro no es suficiente, nunca, para separar o juntar a dos etnias. Solamente el entrecruzamiento de los diferentes registros puede ser significativo, y ya hemos visto que tampoco de manera absoluta, y desde luego no lo eran para Tácito. En cualquier caso, es el sistema, en tanto conjunto de todos los elementos presentes, en una determinada forma de combinarse, lo que puede ser determinante. Pero la experiencia nos dice que siempre hay elementos que el sistema comparte, que no son exclusivos.

El desarrollo que se produce desde la Edad del Bronce nos lleva a grandes fenómenos arqueológicos que, entrecruzados, pueden dar lugar a grandes áreas culturales, lo que hemos llamado regiones arqueológicas. Pero esas grandes regiones nunca presentan cortes limpios, en sus contornos, ni coinciden con una etnia, o no del todo.

Me temo que la pregunta que antes hemos dejado planteada no pueda nunca obtener una respuesta satisfactoria, a tenor de todo lo visto. Hay etnias con variaciones internas y hay rasgos comunes a diferentes etnias, y ello parece ser tan connatural que no es pensable que se pueda deducir de una variación estilística, de una mayor concentración de determinados elemen-



tos o de un rasgo arqueológico exclusivo, por importante que sea, que tenemos que hallarnos ante otro pueblo, otra etnia. Además, para hablar propiamente de etnias, debemos incluir los fenómenos lingüísticos y a la propia Historia, que jugó un papel decisivo en la constitución de Callaecia o Asturia en la Península Ibérica, de Bohemia en Germania, de Dalmatia, etc.<sup>23</sup>; no, quizá, en su constitución interna, al menos durante un tiempo, pero sí en el simple hecho de que tales entidades hayan llegado a nosotros, en las fuentes, como etnias. En cada caso con implicaciones particulares, que, además, no siempre conocemos.

El testimonio de Tácito me parece elocuente. Si él, que se sitúa al final del proceso, no encuentra la posibilidad de identificar a un determinado pueblo, aún considerando el complejo de factores que hemos visto, quizá sea mucho más difícil identificarlos en su formación. Finalmente, y dado que nuestra información sobre las etnias también está sujeta a incongruencias, inexactitudes, etc., sin que siempre sepamos

detectarlas, creo que lo más adecuado es comenzar el estudio de la etnogénesis desde abajo, con clara independencia de las delimitaciones territoriales que podamos adscribir a un nombre étnico que, a veces, puede no significar gran cosa. Por el contrario, el estudio suprarregional de los diferentes sub-registros o fenómenos arqueológicos y su posterior superposición o entrecruzamiento, podrá darnos una base firme sobre la que asentar los fenómenos lingüísticos y los eventuales conocimientos históricos. Quizá ello nunca satisfaga —o no tanto como quizá indebidamente quisiéramos— nuestras ansias clasificatorias, nuestro deseo más o menos explícito de encontrar siempre realidades históricas discretas, iguales sólo a sí mismas en la medida de lo posible. Pero, en cualquier caso, nos acercará mucho más a la multivariada realidad de las cosas, que es en definitiva lo que nos interesa. Esa es, a mi entender, una de las más grandes tareas de la Arqueología, de la cual tanto dependemos, aunque a veces no lo sepamos reconocer.

---

<sup>23</sup> Sobre Dalmatia, *vid.* J. J. Wilkes, *Dalmatia* (Londres, 1969) especialmente el cap. *The Native Peoples of Dalmatia at the Time of the Roman Conquest*.

